

AMORES, INTERPRETACIONES Y MIRADAS. LA INTELLECTUALIDAD FRANQUISTA ANTE LO IBÉRICO EN LOS AÑOS CUARENTA

Antonio Rivero Machina

(Universidad de Extremadura. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento
de Filología Hispánica. Cáceres, España)

antoniorm@unex.es

RESUMEN:

Desde una perspectiva histórico-literaria, el trabajo planteado se propone rastrear los fundamentos ideológicos en torno al mito de lo ibérico presentes en determinadas figuras de la intelectualidad franquista, todas ellas de primera línea, así como su repercusión en las relaciones diplomáticas entre las dos naciones peninsulares en la década de los cuarenta. Para ello se repasan los precedentes directos del pensamiento iberista asumido y fagocitado por ambas dictaduras, desde el regeneracionismo de Ganivet al integralismo de Sardinha. Todo este material ideológico fue particularmente tratado y desarrollado por figuras de relevancia en el ámbito cultural más próximo a la dictadura militar acaudillada por Francisco Franco. En este sentido, sobresalen las figuras de Eugenio d'Ors y sus abundantes glosas a propósito de Portugal; la labor y pensamiento de Eugenio Montes sintetizadas en su *Interpretación de Portugal* de 1944; el lirismo de Pedro de Lorenzo en *Y al oeste Portugal* de 1946; o el lusitanismo de Ernesto Giménez Caballero, al servicio de la exaltación franquista en *Amor a Portugal* de 1949. Se enfoca con ello un corpus literario más extenso, largamente celebrado por el oficialismo de ambos regímenes, que ofrece un pensamiento cerrado y dirigido al servicio de los intereses diplomáticos de dos regímenes dictatoriales. Su conocimiento, al margen de consideraciones éticas y estéticas, se nos revela fundamental para el correcto análisis de las relaciones literarias

hispano-portuguesas en la década de los cuarenta y su repercusión en las élites culturales y de poder.

Palabras clave: Franquismo; Salazarismo; Iberismo; Literatura; Propaganda.

ABSTRACT:

From a historical and literary perspective, the proposed work aims to trace the ideological foundations around the myth of the Iberian in certain figures of the Franco's intelligentsia, and its impact on diplomatic relations between the two nations in the forties. Certain precedents of this movement were assumed and phagocytosed by both regimes, from the regenerativism of Ganivet to integralism of Sardinha are reviewed. This ideological material was treated and developed in the cultural field next to the military government under the dictatorship of Francisco Franco. In this sense, projecting figures Eugenio d'Ors and his abundant 'glosas' about Portugal; the work and thought of Eugenio Montes synthesized in his *Interpretación de Portugal* (1944); the lyricism of Pedro de Lorenzo in *Y al oeste Portugal* (1946); or the lusitanism of Ernesto Giménez Caballero, serving Franco's exaltation in *Amor a Portugal* (1949). It focuses thereby more extensive literary corpus, long held by the ruling of the two schemes, offering a closed directed thought and diplomats serving the interests of two dictatorial regimes. Regardless of ethical and aesthetic considerations, know this particular discourse is essential for the proper analysis of the Spanish-Portuguese literary relations in the forties and their impact on the cultural elites and power.

Keywords: Franquism; Salazarism; Iberism; Literature; Propaganda

LOS PRECEDENTES DEL 'NUEVO' DISCURSO IBÉRICO

Más allá del verdadero acontecer histórico entre dos gobiernos dictatoriales siempre preocupados por su propia supervivencia, por la estabilidad interna de sus naciones frente a cualquier tipo de cuestionamiento del statu quo alcanzado, el debate intelectual que fuera avivado desde el regeneracionismo español y el saudosismo portugués a

comienzos del siglo continuó siendo intenso cuatro décadas después. En realidad, los intelectuales del salazarismo y el franquismo heredaban un debate ya planteado por Antero de Quental en sus *Causas da decadência dos povos peninsulares* (Oporto, Tipografia Comercial, 1871) y explicitado poco después por Oliveira Martins en la *História da Civilização Ibérica* (Lisboa, Bertrand, 1879). En España el tema se abordaría directamente por Ángel Ganivet en su *Idearium español* (Granada, Viuda e Hijos de Sabater, 1897). El ensayista andaluz –precursor indiscutible del noventayochismo, primero, y autor de cabecera del falangismo ilustrado, más tarde–¹ reflexiona en su obra más célebre sobre la necesidad de un entendimiento peninsular consensuado y estable más allá de contingencias políticas.

La unidad ibérica no justifica nuevas divisiones territoriales, ni un cambio en la forma de gobierno, porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatía histórica entre Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La única política sensata, pues, será aplicarnos á destruir esa mala inteligencia, á fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica; y para conseguirlo, para impedir que Portugal busque apoyos extraños y permanezca apartado de nosotros, hay que enterrar para siempre el manoseado tema de la unidad política y aceptar noblemente, sin reservas ni maquiavelismos necios la separación, como un hecho irreformable (Ganivet, 1897: 100).

En la senda del regeneracionismo y del acercamiento natural al país vecino sin pretensiones hegemónicas o expansionistas, desarrollará su iberismo el gran lusófilo español de aquel cambio de siglo. No insistiremos aquí en las relaciones de Unamuno con Portugal y con el saudosismo de Pascoaes, ni volveremos sobre sus posiciones en torno al iberismo, ampliamente estudiadas.² Su figura y su obra, no obstante, determinarán como pocas todo debate ibérico posterior, incluidos determinados sectores

¹ En 1942 ediciones Fe reeditaba el *Idearium* con prólogo de Laín Entralgo. Para un acercamiento al tema véase José Miguel Naveros, «Ganivet: a los ochenta años del suicidio y cuarenta de su lanzamiento como ideólogo del falangismo», en *Tiempo de historia*, nº 51 (febrero de 1979), pp. 32-39.

² Cfr. Ángel Marcos de Dios, «Textos (y algunas notas) del iberismo unamuniano», en *Salamanca: revista de estudios*, nº 41 (1998), pp. 213-226.

del falangismo más ilustrado que tenían en el filósofo vasco una referencia indisimulada.

En cualquier caso, el debate intelectual en torno al iberismo desde el inicio del nuevo siglo y hasta el estallido de la guerra civil española fue prolífico en autores y variado en sus posturas, desde el iberismo catalán de Joan Maragall o la «España triuna» de Salvador de Madariaga, pasando por el iberismo reticente de Pessoa, y hasta la vocación peninsular del republicanismo español en Vicente Blasco Ibáñez o Marcelino Domingo, sin mencionar la convergencia del anarquismo ibérico en la FAI (Rocamora, 1989). De entre todo este amplio y complejo panorama descuella uno de los portugueses que mejor conoció la realidad social española del momento, aproximándose puntualmente a determinados aspectos del iberismo. Hablamos del profesor lisboeta Fidelino de Figueiredo. Político, hispanista, historiador y crítico literario, Figueiredo arrojó uno de los diagnósticos más certeros sobre la España de los años treinta en su machadiano y premonitorio ensayo *As duas Espanhas* (Lisboa, Academia das Ciencias, 1932). Exiliado en Madrid entre 1927 y 1929 a causa de su oposición al nuevo régimen militar portugués, a su tolerado regreso a Portugal publicará el volumen sobre el 'problema de España' más influyente escrito en su país. En *As duas Espanhas*, Figueiredo configura definitivamente la célebre dicotomía entre una España conservadora o reaccionaria y una España dinámica y progresista. Entendía el pensador luso ambas 'Españas' como una relación de paradójica, destructiva y necesaria contradicción que, confiaba, habría de ser sintetizada por la recién instaurada democracia. Sus reflexiones a propósito del 'problema de España' se insertaban sin embargo en un debate de más largo recorrido (Serra y Marcos de Dios, 1999) y que tendría, más allá, un amplio desarrollo entre la intelectualidad del franquismo.³ El ensayo de Figueiredo, que en 1938 hubo de exiliarse

³ Nos referimos, fundamentalmente, al debate abierto entre Pedro Laín Entralgo con su *España como problema* (Madrid, Seminario de Problemas Hispano-americanos, 1949) y Rafael Calvo Serer con *España, sin problema* (Madrid, Biblioteca de Pensamiento Actual, 1949). Cfr. Antoni Raja i Vich, *El Problema de España bajo el primer franquismo, 1936-1956. El debate entre Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2010.

nuevamente del salazarismo, tuvo una fuerte repercusión en la propia España durante aquellos años.⁴

Los referentes inmediatos de la intelectualidad afecta a las dictaduras salazarista y, sobre todo, franquista fueron, sin embargo, bien distintos. No en vano, el gran defensor de la unidad ibérica, planteada ahora desde una perspectiva profundamente conservadora, procederá, sorprendentemente, del integralismo lusitano. Nos referimos al poeta y ensayista alentejano António Sardinha, defensor hasta su muerte en 1925 de la restauración monárquica en Portugal y la instauración de un régimen antiparlamentario, católico y tradicionalista. Desde sus posiciones marcadamente integralistas, y tras su exilio en Madrid entre 1919 y 1921, Sardinha apuesta en *A aliança peninsular. Antecedentes e possibilidades* (Oporto, Civilização, 1924) por la alianza entre ambas monarquías para la formación de una sola fuerza internacional destinada al liderazgo espiritual de la cristiandad en el mundo. Aboga así el poeta alentejano por el regreso a la senda contrarreformista y esplendorosa del 'Siglo de Oro' hispánico como rescate de su catolicidad frente a la paz que Westfalia y el triunfo de las potencias protestantes – posteriormente ilustradas– impusieron en Europa.

Entonces, triunfa realmente la sobreposición de lo «nacional» a lo «internacional», y en ese momento, se acaba de rasgar la túnica de Cristo, y Europa, desmantelada y dividida, se lanza por el camino directo de la ruina en cuanto los dos pueblos que poseían las características de la «universalidad», Portugal y España, se sumerjen en la decadencia. Es hoy, cuando deshecho y probado en la maldita locura de sus frutos el individualismo, victorioso en Westfalia, las fuerzas secretas de la historia tienden a reconstruir, y en moldes espirituales más conscientes y definidos, el cuadro del antiguo imperio hispánico (el «Imperio de Occidente», entrevisto por Felipe II, o sea el «Quinto Imperio» de nuestro mito sebastiánico); es en este momento cuando Portugal persiste en permanecer en el particularismo subalterno en que se sepultó a partir de la extinción del viejo y tácito acuerdo peninsular. Hay en ello, manifiestamente, un retroceso, una regresión tan amplia como funesta, porque ponen de relieve el más grave olvido de lo que señaló para la civilización y

⁴ Así en Unamuno y su «El soñar de la esfinge» (*Ahora*, 15 de abril de 1933, p. 5). También en el exilio republicano, especialmente en el Guillermo de Torre de *Menéndez y Pelayo y las dos Españas* (Buenos Aires, PHAC, 1943).

*para los siglos venideros el mejor resplandor de nuestro genio: la universalidad (Sardinha, 1939: 57).*⁵

Durante su asilo político en Madrid, Sardinha conoció personalmente a su más fiel reflejo intelectual en España, el noventayochista vasco Ramiro de Maeztu. La sintonía entre ambos fue profunda, como se aprecia en el epistolario compartido.⁶ En 1930, el propio Maeztu pondrá prólogo a la primera edición española de *La alianza peninsular* (Madrid, Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, 1930). El autor de *Hacia otra España* se rinde al discurso integralista del alentejano, elevándolo a la categoría de profeta hispánico.

La publicación en libro castellano de La Alianza Peninsular va a servir para que empiece a erguirse, entre los pueblos de nuestra habla, una figura que antes de mucho tiempo se alzara en el horizonte del espíritu como uno de los grandes profetas de la Hispanidad (Sardinha, 1939: LXII).

Para Maeztu, en este sentido, la Hispanidad incorporaría como concepto todas las comunidades que hoy llamaríamos iberoamericanas, bien que con un sello españolista incuestionable. En su artículo inaugural al primer número de *Acción Española* titulado rotundamente «La Hispanidad» (Madrid, 15 de diciembre de 1931, pp. 8-16), la identificación es plena.

Todos los pueblos de la Hispanidad fueron gobernados por los mismos Monarcas desde 1580, año de la anexión de Portugal, hasta 1640, fecha de su separación, y antes y después por las dos monarquías peninsulares, desde los años de los descubrimientos hasta la separación de los pueblos de América. Todos ellos deben su civilización a los pueblos hispánicos (Acción Española, nº 1, 15 de diciembre de 1931, p. 9).

⁵ Citamos por la segunda edición española (Segovia, Acción Española, 1939).

⁶ Se conserva una carta del 11 de enero de 1922 enviada por Maeztu a Sardinha en la que el pensador vasco llega a conceder «que en lo político vaya cada uno de nuestro países por donde quiera, pero en lo espiritual hay una unidad que es salvadora para todos. Nosotros nos morimos sin el lirismo portugués y ustedes se deshacen sin nuestro realismo». Tomado de (Vaz Serra Pontes Cabrita, 2010: 988).

Más allá del prólogo de Maeztu, la traducción del extenso ensayo de Sardinha al castellano en 1930 había corrido a cargo de un viejo conocido del 'iberismo aristocrático', el marqués de Quintanar. Cumplida la guerra civil de España, con un Maeztu asesinado ya por las 'hordas rojas' y un 'Alzamiento' triunfante, *Acción Española* reeditaba *La Alianza Peninsular* de Sardinha con prólogo del propio Quintanar y a la fecha de 1939 (Segovia, Acción Española). En él, sin embargo, la nueva actualidad política –tan diferente del contexto primorriverista de los años veinte– obliga a matizar las propuestas panhispanistas de Sardinha bajo los límites del entendimiento franquista con el *Estado Novo* de Oliveira Salazar.

El dualismo peninsular es un hecho legítimo y naturalísimo. Como su superior unidad, otro de consecuencias universales, algo que rima con ese dualismo, que, seguramente, encuentra en él el manantial inagotable y purísimo de que alimentarse a lo largo de la Historia. Antonio Sardinha y Ramiro de Maeztu lo evidencian en la magnífica exposición de sus respectivos y coincidentes pensamientos políticos. Por ello un imperativo histórico y un imperativo moral, obligan a la Península a buscar, sin descanso, la fórmula de cooperación que, en una Europa devastada por todos los subjetivismos revolucionarios, no puede ya consistir en aquella aspiración colaboradora servida por las alianzas matrimoniales de las Casas de Avís y de Trastámara, sino en una auténtica alianza política realizada bajo el signo indestructible y respetuoso del Amor y que nos valore en una Europa en ruinas y ante una América deseosa de desembocar francamente en la anchurosa tradición familiar (Sardinha, 1939: XXX).

El mesianismo hispánico de Sardinha tuvo también sus discípulos portugueses, tales como Hipolito Paposo, Luis de Almeida Braga o José Pequito Rebelo. Este último publicaría el ensayo *Espanha e Portugal. Unidade e dualidade peninsular* (Lisboa, Ottosgráfica, 1939), inserto y traducido en la segunda edición española de *La alianza peninsular* (Segovia, Acción Española, 1939).

El máximo problema de la edad presente, está planteado: hay que escoger entre la idea de la unidad moral del mundo, de la Cristiandad, y la idea materialista de un Super-Estado, que sea la prolongación del vínculo político a la esfera universal (Sardinha, 1939: 443).

Pequito Rebello, «Capitán honorario de Aviación Española», escribió su ensayo, según se indica en nota al pie, entre 1936 y 1937 con la vocación de ser un «manifiesto peninsular». En sus primeras páginas se evidencia la concepción nacionalista de este 'iberismo' aristocrático y antidemocrático, opuesto siempre al 'iberismo' republicano, liberal y federalista de un Azaña o al 'internacionalismo' soviético. Se trataba, en última instancia y como expone el propio José Pequito Rebello, de la oposición entre una unión 'moral' redentorista y una unión 'política' indeseable. En sus palabras se expresa como en pocos textos la única conciliación posible entre los nacionalismos maximalistas del salazarismo y el franquismo con el viejo afán de colaboración ibérica.

Es preciso no olvidar que la guerra de España es la lucha del internacionalismo con el nacionalismo; la lucha del internacionalismo, con el principio de la libertad de las naciones. Y es evidente que el internacionalismo se podría, moralmente, considerar vencedor, sin necesidad de triunfar por las armas, si las naciones que defienden su libertad no demostrasen, en la prueba de la guerra, la posibilidad de conciliar esa libertad, con una colaboración entre todas para la defensa. En este sentido, la solemne afirmación de dualidad ibérica constituye el ejemplo práctico y el símbolo expresivo del principio de la libertad nacional que defendemos contra los rusos.

El hecho central de la frontera cristiana hispano-portuguesa, como generador de la esencia espiritual de la Península, tiene una flagrante contraprueba en la actitud iberista del marxismo. Clara o confusamente, el marxismo comprendió que la destrucción de los valores morales que la Península representa se identifica con la Unión Ibérica. Y es la propia experiencia de la guerra la que lo confirma: Portugal, independiente pudo dar a España el auxilio de su simpatía y cooperación en los primeros tiempos del Movimiento.

Ambos nacionalismos, naturalmente, se fortificaron en la Historia por su recíproca emulación. Los propios excesos de espíritu o de acción imperialista de un país contra el otro, fueron un manantial de estímulo para el país amenazado y un motivo más de consolidación del dualismo nacionalista (Sardinha, 1939: 445).

Son estos ambientes monárquicos, mauristas, católicos y aristocráticos –Quintanar, Maeztu o Sardinha, pero también sus cercanos Eugénio de Castro, Afonso Lopes Vieira, Agustín de Foxá, José María Pemán y compañía– el punto de inserción de este discurso integralista del iberismo, fagocitado como tantos otros por el salazarismo y el franquismo, sin que, en

esencia, sus postulados llegaron a materializarse en ningún momento. La salvaguarda del dualismo ibérico, en especial desde la intelectualidad salazarista, será desde el principio premisa incuestionable para el entendimiento entre ambas dictaduras, tal y como las palabras de Pequito Rebello evidencian.

De raíz bien distinta, de inspiración eminentemente mussoliniana, serán los acercamientos de António Ferro al mito ibérico. Con la publicación en libro de sus entrevistas por el Madrid de 1930, *Prefácio da República Hespanhola* (Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade, 1933), Ferro se declaraba abiertamente hispanófilo. Su interés por el país vecino, sin embargo, se supeditaba siempre a la lealtad debida al nacionalismo portugués. En su «Prefácio dum prefácio», Ferro se arroga la salvaguarda nacional y alerta sobre una hipotética y perversa expansión del republicanismo democrático por la Península como amenaza directa para la integridad territorial de Portugal.

Se a República Espanhola, que vinha a caminho, trazia a aspiração, mesmo distante, de se transformar, um dia, na república federal da Península, o meu dever de jornalista e de jornalista português, era denunciar êsse sonho e de matá-lo à nascença (Ferro, 1933: XXV).

La publicación en España de la obra política por antonomasia de António Ferro, *Oliveira Salazar. El hombre y su obra* (Madrid, Ediciones Fax, 1935), supuso la principal presencia propagandística del salazarismo en el país vecino antes de la guerra. El prólogo de Eugenio d'Ors a aquella edición en castellano revela su fascinación por el profesor de Coímbra como 'político de misión'. Junto a Ferro, será precisamente Eugenio d'Ors uno de los intelectuales del fascismo peninsular que aborde la cuestión ibérica de manera explícita, tratando de conjugar la vocación nacionalista de ambos regímenes con los afanes imperiales de sus parejas ideológicas. En este sentido, si el integralismo de Sardinha o de Maeztu acudía a la catolicidad y comunión espiritual de ambas naciones, el fascismo de Ferro y D'Ors tendrá en los designios preclaros del líder –esto es, en Salazar y en Franco–

el crisol donde fundir el porvenir ibérico.⁷ Así lo expone el ensayista catalán en una de sus trabadas y barrocas «Glosas a Portugal».

"El Fascismo no es un artículo de exportación", dijo un día Mussolini; y su frase, los enemigos esenciales o circunstanciales del Imperio no han dejado por cierto, de aprovecharla. Yo creo que aquel día Mussolini se equivocó (...) Pero aun cuando por bueno esté, [y] los males de cada país sean singularísimos e irreductibles a un concepto genérico de enfermedad –a gusto de los nominalistas que aseguraran "no haber enfermedad, si no tan solo enfermos"–, y que sus medicamentos, exclusivos; una alegación de tal orden no sería aplicable al caso de dos miembros de la comunidad ibérica. Lo cual, ya lo sabemos, no constituye un ente de razón, sino una viva realidad histórica, y cultural sobre todo. Y no hablemos ya del "etnos" dentro del cual, hasta el punto en que una psicología popular pueda existir, allá se van españoles y portugueses; y a cuyo tenor no pueda imaginarse nada más vecino que las cunas respectivas del Profesor Salazar y del Generalísimo Franco (El Pueblo Gallego, 21 de septiembre de 1937, p. 12).

Es así como D´Ors cree ver en Portugal «el compendio de España», de manera que «quien se proponga dar con la clave de los más preciosos secretos culturales, históricos y políticos de España, búsquela en Portugal» (*El Pueblo Gallego*, 21 de septiembre de 1937, p. 12). Es bajo esta confusa y grandilocuente fórmula como las máximas siempre absolutas del discurso fascista de un D´Ors o un Ferro trataron de conciliar su afán nacionalista con el mito de lo ibérico.

LA INTERPRETACIÓN DE EUGENIO MONTES

Sobre este magma de tensiones, celos y anhelos recíprocos, la intelectualidad lusófila del franquismo se enfrentará a un mito ibérico lastrado por demasiadas resonancias culturales, políticas e ideológicas.

⁷ En una 'glosa' de finales de 1938 Eugenio d´Ors comenta: «yo me sieto infinitamente más compatriota con el presidente Oliveira Salazar que con el presidente Luis Companys. A pesar de haber sido de este último, no sólo estricta y literalmente conterráneo, sino contemporáneo y hasta condiscípulo; del cual, sin embargo, ya en los años de condiscipulado, me separaba, no ya la manera de interpretar los "eones" de autoridad y libertad, sino hasta el estilo de llevar el pañuelo en el bolsillo de la cazadora» (*Nuevo glosario*, Vol. III, Madrid, Aguilar, 1949, p. 613).

Algunos de ellos, como Ernesto Giménez Caballero o Adriano del Valle no harán sino continuar una línea de diálogo y homenaje literario hacia el país vecino iniciada mucho antes de la conflagración del régimen franquista, e incluso mucho antes de su deriva política hacia el fascismo. Otros, como fue el caso del poeta y ensayista gallego Eugenio Montes, falangista de primera hora, el idilio con Portugal llegará con la guerra y el dualismo franquista-salazarista de la década de los cuarenta.

Montes procedía del galleguismo de la revista *Nós* de Vicente Risco y del primer ultraísmo de Cansinos Assens, Guillermo de Torre, Pedro Garfias y Gerardo Diego. No faltó su firma en las principales cabeceras de la vanguardia como *Cervantes*, *Grecia*, *Ultra*, *Cosmópolis* y *Horizonte*. En la década de la treinta su literatura y su pensamiento, como en tantos otros casos, se impregnan del compromiso político que los maximalismos comunista o fascista infundían en la juventud creadora. En el caso del escritor gallego, sus corresponsalías para *ABC*, *Blanco y Negro*, *La Gaceta literaria* y *El Debate* en las principales capitales europeas le llevaron a conocer de primera mano la Roma mussoliniana y el Berlín de Hitler. Su fascinación por la Italia fascista, compartida por su gran amigo Rafael Sánchez Mazas, determina su pensamiento político hasta aproximarse al integrismo católico de Maeztu y *Acción Española*, donde publica no pocos artículos.⁸ Es sin embargo en el proyecto pergeñado por José Antonio Primo de Rivera –a quien guiará por las calles de Berlín y Roma– en Falange Española, plataforma que el propio Montes cofundó, donde se insertará definitivamente su imprecisa filiación política (Carbajosa, 2003: 59-63 y 88-90).

Su cerril antirepublicanismo, en cualquier caso, fue ampliamente recompensado por las autoridades de Burgos durante la guerra. También su fidelidad al nuevo jefe del estado, el africanista Francisco Franco, apostando abiertamente y en negro sobre blanco por la unificación de la FET de las

⁸ Son de lo más elocuentes artículos como «Rehaciendo España» (nº 43, tomo VIII, 16 de diciembre de 1933, pp. 681-686), «Discurso a la catolicidad española» (nº 50, tomo IX, 1 de abril de 1934, pp. 133-144) o «¡¡Santiago y cierra España!!» (nº 58 y 59, tomo X, 1 de agosto de 1934, pp. 321-335).

JONS bajo el caudillaje del 'Generalísimo'. Vinculado oportunamente a la Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta Técnica, accede a una especie de corresponsalía cultural en otra capital europea de su agrado, la Lisboa de Oliveira Salazar. Es así como la Comisión a la que pertenecía y que presidía José María Pemán le nombra en marzo de 1937 director del Instituto Español de la capital portuguesa (Chica Blas, 2012: 117). No abandonará el cargo hasta noviembre de 1954, convirtiéndose con ello en el gran interlocutor del oficialismo cultural del franquismo en el Portugal salazarista por década y media.

Recién acabada la guerra, se celebró en Sevilla a iniciativa de Serrano Súñer un «Curso de conferencias sobre la hermandad hispano-portuguesa» (*ABC Sevilla*, 12 de abril de 1939, p. 9). La conferencia central corrió a cargo, como no podía ser de otra manera, de Eugenio Montes, quien disertó sobre las «Vidas paralelas de España y Portugal» en el paraninfo de la universidad hispalense en presencia del cónsul portugués. Hay en el discurso de Montes la fórmula más adecuada para los designios políticos de ambos regímenes, sabiendo conjugar sin herir susceptibilidades nacionales la nostalgia del Imperio con la incuestionable dualidad de ambos pueblos:

En otros países han andado discordes y desencontradas las letras y las armas y han podido tener una fuerza política cuando no tenían nada que transportar con esa fuerza que ha podido tener una gracia literaria cuando carecía de los medios políticos para difundirla y conservarla. Nosotros, españoles y portugueses, tenemos en ese sentido concorde esta sintaxis clásica, esta armonía racional de unir el poder y el saber. En nuestra gran época literaria, en nuestra gran época política, es cuando la fonética andaluza comienza a volar con gracia sobre los Andes, cuando tenemos gran ámbito geográfico, cuando damos a la diplomacia un estilo cortesano, un modo de combatir. Del mismo modo para Portugal, los grandes poetas lusitanos nacen en el momento de la expansión portuguesa en el mundo y no hemos tenido ni unos ni otros literatura cuando no teníamos auge en el cosmos ni hemos tenido poder cuando este poder era como inútil, ni tenía nada que llevar tras él. Somos dos pueblos trascendentes. Hay naciones con un sentido inmanente, que se quedan en sí mismas, que no salen de sí, que no sobrepasan sus trazos naturales, y hay pueblos para los cuales vivir es superarse, es trascender, es pasar de sí mismos. Y todo es realizarse el acto mismo de la creación. España y Portugal son dos pueblos así (*ABC Sevilla*, 12 de abril de 1939, p. 9).

La actitud de Montes hacia Portugal se explicitó de manera puntual, finalmente, en su «Interpretación de Portugal» (*Revista de estudios políticos*, nº 15-16, 1944, pp. 505-514). El embajador cultural del franquismo en Lisboa ofrece en ella un retrato apasionado de las excelencias políticas del *Estado Novo*, acudiendo para ello al glorioso pasado ultramarino de Portugal. El arranque del artículo no podría ser más elocuente cuando afirma rotundamente que «el historiador del futuro dirá que Portugal ha tenido en el proceso ocho veces secular de su vida tres excelentes gobiernos: la dinastía de Aviz, el pombaliano y Oliveira Salazar» (Montes, 1944: 505). En su retrato preciosista de la historia portuguesa, Montes no duda en exaltar los grandes mitos nacionales del país vecino, la escuela de Sagres y Enrique el Navegante, el ideal caballeresco del sebastianismo y el dominio del Oriente.

Sobre la unidad política peninsular, evocando el periodo filipino, Montes acuña una de las frases más certeras sobre la historia compartida entre las naciones ibéricas –no sabemos si el doble sentido fue del todo calculado– cuando concluye que «España y Portugal son naciones paralelas, y las paralelas se encuentran en el infinito» (Montes, 1944: 509). Aboga así el poeta gallego por un abrazo de conveniencia mutua fundamentada –tal y como sostenía el integralismo de un Sardinha, tal y como convenía a la retórica franquista y salazarista en aquel momento– en la misión trascendental de la Península en aras de la catolicidad del orbe: «Se abrazan, por tanto. Se unen para sostenerse mutuamente en su anhelo cósmico, en su cristiana misión universal. Y para defenderse del enemigo» (Montes, 1944: 509).

Bajo la retórica imperial y nostálgica, el guiño al presente histórico es innegable. No por casualidad, Montes cifra en la derrota de la Armada en el Canal de la Mancha ante la pérfida Inglaterra –los movimientos de Nicolás Franco por alejar a Oliveira Salazar de la órbita británica al fondo– el gran fracaso ibérico:

La unidad ibérica para el Imperium mundi naufragó en el Canal de la Mancha, vencida por los elementos e Inglaterra. Si hubiésemos sido victoriosos, toda la historia universal de los últimos tres siglos hubiera sido distinta (...).

En Tordesillas, con arbitraje del Papa, las dos naciones ibéricas, concordantes, se habían repartido el mundo. En Tomar, bajo Felipe II, heredero de ambas coronas, se habían unido para defenderse, en común, de los nuevos aspirantes al cetro universal (...).

Después, el problema, la crisis. La gran armada saliendo del puerto lisboeta al Canal de la Mancha. Y los tercios en Flandes. Porque desde Inglaterra y desde Holanda quieren raptarnos lo descubierto por el sacrificio ibérico.

Profundas necesidades llevaron a Portugal y a España a reunir sus esfuerzos conjugados. A los impulsos políticos se añadían no sólo las leyes dinásticas de la época, sino también corrientes sociales y culturales de decisiva significación. La literatura lusa era bilingüe. Ya Gil Vicente escribía con el mismo garbo e idéntica sustancia lírica en ambos idiomas. En castellano componen sus dramas algunos portugueses, como Fragoso, y Lope es leído y aplaudido en Lisboa como en Madrid. Lisboetas son la segunda y tercera edición del Quijote, y varias ediciones príncipes de Granada (Montes, 1944: 509-510).

Le preocupa a Montes dejar bien claro, sin embargo, que la unidad de dirección política en la Península no equivale a la preponderancia de España sobre Portugal:

Propiamente no hubo conquista ni dominio de Portugal por Castilla, ni menos aún violencia forzada. Hubo concordancia, intimidación, compañía para un fin común, especie de vínculo federal con un federador: el Rey. Pero nunca Lusitania perdió su personalidad ni sus fueros, puntillosamente exigidos, escrupulosamente respetados (Montes, 1944: 511).

Las palabras del director del Instituto Español en Lisboa no podrían estar más a tono con la línea de acción de la embajada de Nicolás Franco en aquel momento en que los aliados están a las puertas de la victoria sobre el Eje y el *Estado Novo* cuida más que nunca su sintonía con Londres. Montes acude a la Historia y la catolicidad compartida para presentar a Holanda e Inglaterra como enemigos sempiternos de los imperios portugués y español. El paralelismo –recurso tan explotado por Montes– entre aquel momento y el presente se hacía evidente. Y prosigue Montes. Tras una «era de la Revolución y el Romanticismo [que] fué penosa para ambos países» (Montes, 1944: 512), han de ser los militares africanistas quienes retomen el pulso imperial de ambas naciones, con Oliveria Salazar y Franco como

rectores perfectísimos. Y por si nos quedaran dudas, concluye el escritor gallego haciéndonos explícitas las intenciones políticas de sus líneas.

La guerra española hizo patente que una desventura en nuestro país lo sería para toda la península. Si paralelo ha sido el auge en ambos pueblos y paralela decadencia, paralelo será el Renacimiento. En todos los momentos profundos de la Historia se descubre la solidaridad peninsular. Lucha contra el Islam, expansión oceánica, guerras napoleónicas. El trance en que se halla hoy el mundo postula esa intimidad apretada y fraterna.

No hay unidad de destino entre las dos naciones ibéricas. Quizá pudiera haberla si Portugal fuera sólo el territorio que está en la península. Pero está en el mar y tres mundos. Por eso la alianza con el Imperio británico es persistente. En virtud de ella ha cedido temporalmente bases en las Azores, y aunque Salazar haya conservado una humanísima neutralidad, podría tal vez participar en vicisitudes en el Extremo Oriente, donde los nipones le ocuparon Timor y rodean Macao, reliquia de días antiguos. No, no hay unidad de destino. Pero sí solidaridad familiar. Cuando más entrañable, más fecunda será (Montes, 1944: 514).

Apuesta con ello el autor de *Melodía italiana* por la clara diferenciación nacional entre ambos países como única vía posible para el pacto y la alianza de cara a su propia supervivencia tras la victoria de los aliados sobre el Eje Roma-Berlín. Una alianza ibérica sin el menor afán de hegemonía cultural castellana que perturbara la buena diplomacia y que el cofundador de Falange, por lo tanto, desaconsejaba de plano.

LA MIRADA AL OESTE DE PEDRO DE LORENZO

El acercamiento al tema portugués en el joven 'garcilasista' Pedro de Lorenzo será bien distinto. El ya reconocido en los círculos literarios y periodísticos madrileños «mozo extremeño», como lo presenta Laín Entralgo en su prólogo a este mismo ensayo (De Lorenzo, 1973: 11), publica un libro entre lírico, ensayístico y de viaje titulado *...Y al oeste, Portugal* (Madrid, Editora Nacional, 1946). Su aproximación a Portugal será desde la naturaleza 'extremeñísima' de su autor, como un día se definiera. «Mi vida moza ha discurrido en Extremadura, de Tajo a Guadiana, mirando a Portugal» (De Lorenzo, 1973: 23), comienza el volumen de la segunda

edición. No ignoraba el autor de *La quinta soledad*, sin embargo, el abolengo intelectual del asunto tratado, tal y como resume en las palabras añadidas a la reedición dos décadas después:

Tomo tiempo nuestro y veo a Unamuno viajero de Portugal, caviloso leyendo a Oliveira Martins. Traduciendo a Eça de Queiroz, Valle-Inclán. Maeztu es prólogo de los cantos de integración hispánica de Antonio Sardinha... Noventa y ocho adelante, otro grande, Eugenio d'Ors, glosa las bellas artes portuguesas, brinda en Lisboa, aconseja para conocer a España en sólo quince días la visita de Portugal, teoriza y, puesto a elegir en la cultura de Occidente, se queda con –lo clásico, lo barroco– estos dos focos de la elipse: Grecia, Portugal.

Unamuno, Eugenio d'Ors... ¿Y de la generación del veintisiete? Ramón Gómez de la Serna; Giménez Caballero, del brazo de su Amor a Portugal; Eugenio Montes, intérprete el más sentido... De Góngora a Garcilaso, de la promoción del veintisiete a la promoción del cuarenta y tres, para señalar nuestra presencia, mínima y atenta, y personalizarla, en verso, con Rafael Morales; en prosa... ¡Ay, no morirme sin mi Libro de Portugal! (De Lorenzo, 1973: 24).

De «libro de meditaciones dispersas» y de «libro de sensaciones, de las memorias de un muchacho» lo califica el propio De Lorenzo (1973: 26). Ciertamente, es «la Extremadura central, entre Tajo y Guadiana» (De Lorenzo, 1973:26) el lugar de enfoque de este libro personalísimo, orientado siempre hacia el oeste. No se trató, por lo tanto, de un ensayo político o un guiño diplomático: «Nunca nuestras relaciones fueron oficiales, ni sociales, sino de voluntario: físicamente pegado a Portugal, atraído literariamente» (De Lorenzo, 1973: 28). En aquel inusual homenaje de 1946 –según el propio volumen, escrito en 1944– el poeta cacereño compone un 'retablo' –tomamos su propia expresión– que bien podría entenderse como díptico. A una parte de la Raya, Extremadura; a la otra, Portugal. La técnica de la pincelada, por su parte, podría considerarse impresionista. El paisaje y la soledad cumplen, en muchas de sus páginas, el correlato elegido para sus reflexiones.

En lo que al mito ibérico se refiere, De Lorenzo acude a la tradición antedicha –Unamuno, D'Ors, Maeztu, Sardinha, Oliveira Martins o Maragall–, en ocasiones para glosarla fielmente. La nostalgia imperial, inevitablemente, impregna por momentos su discurso:

Alguna vez he recordado esta hora de España: Yuste. Aquellos dos niños..., y cómo llenaron el pensamiento de Carlos, viudo, saudadoso de la Emperatriz, la guapísima, la portuguesa. Hijo del Emperador, el rey Prudente cuidaría, sí, de los dos niños: a uno lo manda a Lepanto; accede a que dé, el otro, la batalla de Alcazarquivir.

*Ni a don Juan de Austria, que es uno de los niños, ni al rey don Sebastián, que es el otro, le faltarían las asistencias poéticas: la acción de los dos grandes del Iberismo. Tiritando de tercianas, Miguel, que es uno de los grandes, pierde una mano, a la mayor honra de don Juan. Y Luis –Luis Vaz de Camões–, el otro grande, pierde un ojo, pero mide en octavas reales *Os Lusíadas* para ejercicio de la rota heroica donde moriría su rey doncel. Un mismo cantor, Fernando de Herrera, inmortaliza la hazaña de aquellos dos niños.*

Política de Hespanha mayor, de Lusitanidad, de Hispanidad, preside esos abrazos: el abrazo propuesto por Camões, soñado por Herrera; el abrazo que Cervantes vivió (De Lorenzo, 1973: 106).

Lírico, personal y evocador, el homenaje a Portugal de este cofundador de *Garcilaso* no esconde su profunda raigambre integralista, en donde la mitología –histórica y literaria– de lo ibérico conforma la carne de su mirada hacia el oeste.

EL AMOR DE GIMÉNEZ CABALLERO

Ernesto Giménez Caballero reunió en *Amor a Portugal* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1949) el más completo y sistemático trabajo sobre el mito ibérico de toda la década. También el más ponderadamente inserto en su tiempo político. El otrora director de *La gaceta literaria* se propone, encomendándose a Camões, una obra dedicada a Portugal que sea «no sólo poemática, sino también histórica y política» (Giménez Caballero, 1949: 7). Divide para ello su ensayo en tres partes desiguales. La primera de ellas, la más circunstancial, se rotula «Portugal, en visión política» (Giménez Caballero, 1949: 13-45) y tendría «como motivo, un viaje trascendental que el Jefe de mi Estado realizara en octubre de 1949» (Giménez Caballero, 1949: 8-9). El cuerpo central y «doctrinal» del ensayo lo ocupa «Portugal, en visión histórica» (Giménez Caballero, 1949: 49-146)

y en él se ocupa de repasar, como hiciera Pedro de Lorenzo, los mitos de lo ibérico: desde Viriato a Amadís, pasando por la inevitable nostalgia del Imperio y Camões. En esa misma línea casi mitológica, repasa también Gecé las principales voces de la cuestión ibérica a este lado de la frontera: Ganivet, Valera, Unamuno, Menéndez Pelayo, Maeztu, D´Ors, Gómez de la Serna, Menéndez Pidal, Marañón y, finalmente, Eugenio Montes. Cierra el conjunto –más un epílogo– la tercera parte, la más personal, titulada «Portugal, en visión poética» (Giménez Caballero, 1949: 149-248).

Arranca así este tríptico *Amor a Portugal* remedando las viejas crónicas de viajes triunfales del barroco –aquella visita de Felipe III a Lisboa en 1619 como difuso recuerdo–, aunque con la actualidad política de aquel año bien presente:

Al llegar Franco a Lisboa, por el Atlántico, a prima tarde, Portugal se gastó todo ese patrimonio divino. Hubo sol. Hubo luz. Lágrimas de emoción. Y lirismo. Al día siguiente llovería un poco. Pero agua pasada no mueve molino (de la Historia). Y la Historia de España se movió con aspas de siglos el sábado 22 de octubre, 1949, en Lisboa. (...)

Mientras los buques acorazados sonaban salvas y Franco salvaba la última distancia entre el Océano y el Continente –la escalinata del puerto– que le separaba del abrazo a Portugal, estrechando al Mariscal Carmona y a Salazar, el Presidente, yo hacía este cliché histórico: "Los Occidentales supieron ganar la Guerra. Alemania está sabiendo ganar la Paz. Franco ha sabido ganar la Guerra y la Paz". Porque si fué ya un milagro ganar la guerra al Comunismo, resulta aún más milagroso haber sabido ganar, en paz, el corazón portugués. La más difícil proeza de todas las españolas. Y llevábamos siglos intentándola (Giménez Caballero, 1949: 13-14).

Giménez Caballero afronta la 'dualidad' ibérica, en su presente histórico, de una manera particular. No se resiste a señalar al régimen franquista, por más personalista, como el más perfecto de los dos:

Franco abrazó al Presidente de la República, Mariscal Carmona. Después abrazó al Presidente del Gobierno, Dr. Oliveira Salazar. A su vez el Mariscal Carmona abrazaba al Jefe del Estado español. Y el Dr. Salazar al Presidente de nuestro Gobierno. Esa dualidad de abrazos sobre una sola persona con dos personalidades –Franco– señaló la semejanza entre Portugal y España, pero también sus variantes. El Poder en Portugal divergía en dos personas. En España, lo integraba una. Obligada a ejercitar la función de aquellas dos: Jefe del Estado y

Presidente de Gobierno. Pero existía aún otra variante más: la del Pueblo. En España, el Pueblo era una presencia histórica, compartida con un Caudillo que le llevó a victoria guerrera.

En cambio, el Pueblo, en Portugal, tenía otra modalidad menos destacada, más electoral, más política. De gama más gris. Desarrollar estas instantáneas constitucionales, en ampliaciones retocadas, lo dejó –por ahora–, a los profesionales del retoque. A los Tratadistas de Derecho (Giménez Caballero, 1949: 14-15).

Más allá de sus nostalgias fascistas, Giménez Caballero concede la estrechísima cercanía entre los dos rectores políticos de la Península –los duces ibéricos–, y con ella la de sus dos pueblos:

Mientras Salazar y Franco se abrazaban yo disparaba otra cuestión: "¿Quién es Quién?".

¿Cuál el Portugués y cuál el Español? Por sus rasgos enérgicos y su apellido vasco, el español parecía Salazar. Por la suave y lírica bondad de su rostro y su apellido portuguesísimo, parecía Franco el lusitano. (El mejor escultor del presente Portugal se llama Francisco Franco, y Juan Franco se llamó un Caudillo precursor del gran Portugal). Quizá esa confusión explicaría esta fusión (Giménez Caballero, 1949: 16).

La fabulación fascistoide de Gecé, a parte de «santificar» a su Caudillo, parece querer negar, como si sus palabras fueran hechos, los nuevos tiempos democráticos fuera de la Península, los nuevos tiempos de la Alianza Atlántica a la que Portugal pertenecía y en la que España se veía excluida,⁹ los nuevos tiempos de la construcción europeísta en la que España volvía a quedar al margen:

Si Franco llegó por el Atlántico y el Gobierno portugués le recibió cara al Atlántico, en seguida todos volvimos las espaldas al Atlántico, como si ya no nos importara. Para ver aquello que más nos importaba a los que vivimos cara al Continente europeo: desfiles militares. Tropas que, pasando ante nosotros, giraron todo el Terreiro

⁹ Portugal ingresó unilateralmente como cofundador de la OTAN el 4 de abril de 1949, lo que provocó no pocas fricciones diplomáticas en la Península. Ese mismo año, y después de que el *Estado Novo* postergara prudentemente varias visitas de Francisco Franco a Lisboa meses atrás (Jiménez Redondo, 1993: 197), la comunión de ambos regímenes se escenificó con gran solemnidad académica en Coímbra en torno al doctorado honoris causa del dictador gallego en la magna institución.

do Pazo y, bajo el Arco Triunfal, se internaron Ciudad adentro, Península adentro, Europa adentro. Porque Europa empieza aquí. Y aquí termina el Atlántico. Al Atlántico, pues, ¡las espaldas! A Europa, ¡la cara! La hemos dado la cara sin tanta Federación de Estrasburgo ni tanta monserga federal. El Pacto se demuestra andando. Y Pacto, ¿qué es sino Ayuda? (Giménez Caballero, 1949: 18-19).

Una vez más, el nunca prudente Ernesto Giménez Caballero se aleja de las veleidades, prudencias y mimos dispensados en un Eugenio Montes, un D'Ors o en los propios hermanos Franco, para desplegar su propio discurso, directo y beligerante, de regusto futurista o a cualquier otra vanguardia programática de principios de siglo. Es su prosa combativa un canto a Iberia como reserva de un modelo político, el fascista, irremisiblemente derrotado ante la historia.

Más allá de la compleja situación diplomática, Gecé se sumerge también en las consabidas teorizaciones sobre el alma peninsular, donde una vez más la nostalgia imperial y la confusión de ambas naciones en una misma idiosincrasia marca el camino:

Sostiene Eugenio d'Ors, en su teoría de Portugal, que ese país es un trasunto de España. Una a modo de síntesis. Yo me permitiría corregir esa visión del Maestro don Eugenio precisando que Portugal es un trasunto de España, pero de la España que fué: de la imperial, de la caballeresca, de la España cortesana. Incluso de la España medieval. Una España arcaizante (Giménez Caballero, 1949: 23-24).

En su *Amor a Portugal*, en su repaso por el 'triumfal' viaje de Francisco Franco por el país luso, en cuya comitiva iría el propio Giménez Caballero, el rimbombante cronista madrileño no pudo dejar de consignar la grandilocuente investidura honoris causa de su 'Caudillo'. Las delirantes palabras de Giménez Caballero dan, sin embargo, en el clavo al señalar a la institución universitaria de Coímbra como verdadera alma máter del salazarismo. La investidura del 'Generalísimo' trascendía así de lo meramente diplomático a lo puramente simbólico. Había sido aquel nombramiento la puesta en escena definitiva de la comunión ideológica – más allá de vaivenes diplomáticos– entre ambas dictaduras. La prensa española no dudó en propalar la alta dignidad del acontecimiento con

grandes fotografías (*ABC*, 27 de octubre de 1949, pp. 1 y 5) y titulares exuberantes: «Franco es armado caballero de las letras» rezaba *La Vanguardia* del 26 de octubre de 1949. El doctorado 'Caudillo' era presentado así como auténtico redentor de las letras y la cultura occidentales, lo que justificaría sobradamente su académico nombramiento:

¿quién discutirá a la espada de Franco la pericia, sin la cual la cultura española se hubiera hundido en la miseria y en la abyección mesocrática? (...)

Cuando el Caudillo ha pasado junto a mí sin su habitual atuendo militar, sin siquiera su traje de paisano de las corridas de toros o de las carreras de caballos, sino extraña y raramente, por vez primera, revestido con los amplios pliegues de la toga latina, yo he reconocido en su perfil serio y casi hierático el ascetismo de su vida, mitad militar y mitad monje. Porque debajo de la túnica laticlavia iba, en verdad, el soldado. Y no era máscara en él la toga, pues, ¿quién salvó, entre tantas otras cosas espirituales del mundo occidental, a las letras, sino su espada, esta tarde en descanso, mientras en el ámbito universitario sólo se hablaban lenguajes sublimes de paz? (...)

*Y si la leyenda dice que aquí, en esta Coimbra inmortal, fué armado caballero Rodrigo Díaz de Vivar, la realidad ha escrito hoy para siempre en la Historia, que un Cid contemporáneo, de la raza ibérica, ha sido investido en nombre de la cultura, a la que salvó, y en la sede más gloriosa de ella en Europa, de Doctor por derecho propio (*La Vanguardia*, 26 de octubre de 1949, p. 3).*

Este ideario pseudocervantino de las armas y las letras compondrá el relato oficial más repetido en las crónicas afectas al régimen a propósito de tan reputado nombramiento honoris causa. Porque fuera su aliento lo inmutable, lo inerme o lo revolucionario, en palabras de D'Ors, aquella ceremonia fue, desde luego, tan prolija en crónicas como inequívoca y precisa en significados. Una vez más, el mito de lo ibérico, de rancio abolengo, quedaba supeditado al presente político de dos dictaduras tan pretendidamente 'heroicas' como pragmáticas: la configuración de una guerra fría de escala mundial en la que ambos regímenes intentaron –y lograron– sobrevivirse a sí mismos.¹⁰

¹⁰ El presente artículo se inserta dentro de los trabajos realizados por su autor durante el disfrute de una beca para la Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación de España.

BIBLIOGRAFÍA

- Carbajosa, M. & Carbajosa, P. (2003). *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*. Barcelona: Crítica.
- Chica Blas, A. (2012). *Cien documentos de archivo. Instituto Español 'Giner de los Ríos' de Lisboa*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- De Lorenzo, P. (1973). *...Y al oeste Portugal*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- D'Ors, E. (1949). *Nuevo glosario*, Vol. III (MCMXXXIV-MCMXLIII). Madrid: Aguilar.
- Ferro, A. (1933). *Prefácio da República Hespanhola*. Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade.
- Ganivet, A. (1897). *Idearium español*. Granada: Viuda e Hijos de Sabater.
- Giménez Caballero, E. (1949): *Amor a Portugal*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Jiménez Redondo, J. C. (1993). La política del bloque ibérico: las relaciones hispano-portuguesas (1936-1949). *Melanges de la Casa de Velázquez*, 29 (3), 175-202.
- Montes, E. (1944). Interpretación de Portugal. *Revista de estudios políticos*, 15-16, 505-514.
- Rocamora Rocamora, J. A. (1989). Un nacionalismo fracasado: el iberismo. *Espacio, Tiempo y Forma*, V (2), 29-56.
- Sardinha, A (1939). *La alianza peninsular*. Segovia: Acción Española.
- Serra, P. & Marcos de Dios, A. (1999). El 'problema de España' en Portugal: el caso de Fidelino de Figueiredo. En M. Esteban de Vega y A. Morales Moya (Coords.), *Los fines de siglo en España y Portugal: II Encuentro de Historia comparada* (pp. 223-240). Jaén: Universidad de Jaén.
- Vaz Serra Pontes Cabrita, M. da C. (2010). *António Sardinha (1887-1925) uma vida, uma obra controversa, polémico e heterogénea*. Cáceres: Universidad de Extremadura.